

siones dignas de la culta Capital. Nadie podría prever entonces que, andando el tiempo, aquellos espectáculos fuesen interrumpidos por funciones de *á real la tunda*, que profanaron el gran Coliseo en el que brillaron artistas de gran mérito como Boherer, Herz, Pfeiffer y Bottesini; Marini, Salvi, Badiali, Tamberlick, Gassier y Tamagno; la Sontag, la Steffenone, la D'Angri, la Peralta, la Scalchi y la Patti; Arjona, Valero, Antonio Castro, Domingo García y Coquelín, y por último, Matilde Diez, la perla finísima del Teatro Español, y Adelaida Ristori, el diamante purísimo del Teatro italiano, y otras estrellas de



MATILDE DIEZ.

primero y segundo orden. La zarzuela con sus abusos lastimó hondamente la dignidad del teatro y las tandas diéronle el golpe de gracia. Aquellos tiempos del *Roberto el Diablo*, desempeñado por un Marini que causaba espanto en la invocación por su enérgica actitud y su potente voz; aquellos tiempos de la Condesa de Rossi y reina del teatro (1854) dulcísima Amina que hacía llorar, graciosa Rosina que hacía reír, la gentil María hija del Regimiento, que con su tierno *adios*, á todos conmovía, y la traviesa Norina, que al poner en ejecución sus feroces,



MANUEL CATALINA.

pero fingidos instintos, contra el gordo D. Pascual, hacía nacer de todos la compasión en favor de ese pobre viejo; aquellos tiempos de *Matilde Diez* y *Manuel Catalina* que entusiasaban al público por la perfección de sus traba-

jos escénicos, tanto en los dramas serios como en las comedias ligeras y festivas, brillando sobre todo, aquella en "*Adriana Lecouvreur*," "*La Escuela de las Coquetas*," "*Por él y por mí*," "*La Trenza de sus Cabellos*," "*La Dama de las Camelias*," "*La Flor del Valle*," "*No hay que tentar al diablo*," "*Por derecho de Conquista*" y la graciosa piececilla, "*¡ATRÁS!*" y éste, el galán de finos modales y aristocrático tipo en "*El hombre de mundo*," "*Sullivan*," "*El arte de hacer fortuna*," "*Un marido como hay muchos*," "*La Escuela de las Coquetas*," "*Por derecho de Conquista*" y las demás que desempeñaba en unión de Matilde Diez, que era

llamada "*La perla del teatro español*;" aquellos tiempos del "*Poliuto*" y del "*Profeta*" desempeñados por un artista de la talla de Enrique Tamberlick, apellidado "*el rey de los tenores*," que al entonar el "*Credo*" en la primera de



LA SONTAG.

dichas óperas, recibía inmensa ovación, y en la escena de la Coronación de la segunda obra mencionada, no sólo fascinaba á *Fides*, sino al público entero; aquellos tiempos, en fin, de Angela Peralta (1865-1871) el *Ruiseñor* mexicano, neto reflejo de la Sontag por su argentina y hermosa voz, su incomparable flexibilidad de garganta y su correcta escuela de canto que deleitaba en la "*Lucía*," "*Puritanos*," "*Sonámbula*," "*Pardon de Ploermel*," "*Barbero*," "*Marta*" y otras muchas. ¡Qué diferencia entre esos tiempos y los



ENRIQUE TAMBERLICK.

del Can-can y las Seguidillas que se entronizaron en el gran Teatro para mengua del arte.

Ya espero, caro lector, argumentos en contra de mis reflexiones, diciéndome que tras de aquellos tiempos que menciono vinieron otros dando lustre á nuestro teatro con los insignes artistas como los que antes he citado. Es ver-



ANGELA PERALTA.

dad, vino la sin par *Adelaida Ristori* que así como la *Sontag*, era gran señora en la sociedad y gran artista en el teatro, pero también es verdad que aquellos tiempos habían cambiado, en lo que concierne á la afición del público por los espectáculos dignos, y para probar mi aserción me basta con recordar hechos. Cuando la *Ristori* (1875) cuyo nombre sin calificativo alguno, basta por sí solo para expresar la grandeza de la artista, encantaba en el Nacional á un corto número de espectadores, con la admirable ejecución de *Isabel reina de Inglaterra*, *la Fedra*, *Pia de Tolomei*, *María Stuard* y otras obras magistrales, hacíanle competencia en el Principal los perros sabios que demostraban sus monadas ante un público numeroso. En el Nacional unas cuantas personas de buen gusto enviaban con sus palmadas sus plácemes á la insigne artista, á la *Isabel de Inglaterra*, que se presentaba en el primer acto radiante de majestad por su porte, por su acción y por su traje y en el último aparecía débil, enfermiza y flaca, pero siempre altiva, arrastrando viejo y deteriorado aquel mismo manto, flamante y regio que antes llevara y apenas podía entonces sostenerse en los hombros de la Reina, tanto así

era el arte de aquella dama aun con los objetos, que hacíanlos aparecer viejos estandonuevos; en tanto que en el Principal, con aplausos atronadores se celebraban las gracias de los animales.

Llámame presuntuoso y cuanto quieras, carísimo lector, mas te prevengo que ninguna consideración detendrá mi pluma para referir hechos que se relacionan con mi persona y me llenan de legítimo orgullo. Tuve tan grande como sincera amistad, con esa excelsa artista y señora que tan dignamente ha sabido llevar la corona de Condesa. En los aristocráticos salones del Ministro italiano Don Luis Biagi, otro amigo muy querido, eran tan amenas aquellas tertulias de los miércoles, durante la temporada artística de la *Ristori*, en las que los conciertos

alternaban con el baile, que nunca falté á ellas y allí fué donde traté á la reina del teatro. Otro tanto puedo decir de la insigne Peralta y de los eminentes artistas Tamberlick y Valero, amigos leales y sinceros con quienes me ligaban los lazos eternos del cariño. ¡A la que vive, y á los que murieron, consagro este afectuoso recuerdo!



ADELAIDA RISTORI.

Pido que me perdonen la digresión, amabilísimo lector, y paso á dar término á mi historia.

En idénticas circunstancias encontráronse ARJONA y el mismo VALERO, así como la excelente Compañía de Opera Cómica de la ALHAISSA, una de las mujeres más hermosas y artistas que han pisado las tablas de nuestros teatros, y la no menos buena Compañía de la grande Opera, de Defosse, las que huyeron de México, en quiebra por falta de público.

\* \* \*

El gran acontecimiento teatral en la sexta década del siglo, que difícilmente volverá á



presentarse en los venideros tiempos, fué el de la existencia, en 1854, de dos excelentes compañías de ópera, que simultáneamente trabajaban, una en el Teatro Nacional con la egregia ENRIQUETA SONTAG y el gran barítono CÉSAR BADIALLI, digno de figurar al lado de la Condesa de Rossi, y otra en el teatrillo de Oriente, en la que figuraban la arrogante STEFFENONE, el dulcísimo SALVI, el impetuoso BENEVENTANO y el gran bajo MARINI. Si en el primer teatro se gozaba con la magistral interpretación de la "Sonámbula," "Hija del Regimiento," "Barbero de Sevilla," "María de Rohan," "Don Pascual," "Nozze de Figaro," según antes he indicado, en el segundo causaban deleite las audiciones de "Norma," la misma "María de Rohan," "Lucrecia," "Favorita," "Lucia," "Ernani," "Puritanos" y, sobre todo, "Roberto el Diablo."

El teatrillo de Oriente era todo de madera, tanto que la tablazón que cubría los palcos veíase desde las calles de Puesto Nuevo y San José de Gracia, sobre las azoteas del raquítico edificio de un solo piso, en cuyo interior se hallaba aquél formado, circunstancia que permitía á los amantes de la música que no podían pagar los precios de la Ópera oír la desde las aceras de enfrente en las que los especuladores ponían estrados y cobraban uno ó dos reales por asiento. Esas dos agregias compañías, al unirse, como muchos deseaban, habrían constituido con sus buenos elementos, sus magníficas orquestas y sus buenos coros, una sola, pero tan sobresaliente, que no se hallara en verdad, otra mejor, en los más afamados teatros europeos, mas sólo concurrieron ambas al templo de la Profesa, el día 13 de Julio, para cantar, ¡recuerdo triste! la misa de réquiem de la SONTAG.

Aquellas épocas aciagas en que los habitantes de la Capital no abandonaban el teatro, ni aun en los momentos de mayor peligro, aquellas en que los proyectiles arrojados por armas fratricidas reventaban sobre las cabezas de los transeúntes y aquellas en que la peste del cólera-morbo se ensañaba con los habitantes, acechándolos en las puertas y en el recinto de los mismos teatros, dan la medida del carácter que distinguía á los mexicanos de entonces y de su grande afición á las dignas y decentes diversiones del teatro. Hoy los

300,000 habitantes con que cuenta la Capital, ¡qué van á sostener dos teatros de ópera y dos de comedia, cuando apenas pueden con los de zarzuela, y eso por el sistema de tandas!

He extendídomme, mi buen lector, más de lo conveniente al hablarte de teatros, pero los recuerdos gratos que se agolpan en mi mente, de una época tan fecunda en acontecimientos notables en el asunto de que trato, hanme obligado á traspasar los límites que me había propuesto.

#### NOTA ACERCA DEL TEATRO DE LOS GALLOS.

La primera plaza de gallos que hubo en México, de que se tiene noticia, estaba situada en la calle del Cuadrante de Santa Catarina (año 1736) y fué trasladada (año 1745) al callejón de los Gallos, donde permaneció hasta 1798 en que, el día de San Pedro, se estrenó la que existió en la calle de las Moras, en el terreno comprendido entre las casas 17 y 18 de la misma calle y las correspondientes de la calle conocida con el nombre de Pulquería de Celaya.

El aspecto que ofrecía la tal plaza era el siguiente: en el exterior, una fachada humilde, de dos cuerpos, con balconaje vulgar el superior y con puertas y ventanas el inferior, de las cuales la principal tenía más de puerta cochera que de pórtico, á lo que se agrega que la susodicha fachada se levantaba en una calle mal empedrada y recorrida longitudinalmente por un albañal, circunstancia común á la mayor parte de las calles en aquella época. Tras de las azoteas de esa parte del edificio se levantaba un enorme techo de tejamanil, en forma de un cono deprimido que ostentaba en su vértice, como remate, un erguido gallo de palo; en el interior, veíase un amplio palenque circular limitado por tres órdenes de palcos y galería y resguardado por el expresado techo, que se hallaba sostenido por enormes torrapuntas que avanzaban mucho hacia el centro.

En 1822 la civilización dió un gran paso en el camino del progreso, transformando ese local destinado oficialmente á una diversión cruenta y nada culta, por otro que debiera servir para espectáculos dignos de una sociedad ilustrada. Con el nombre de Teatro provisional, mediante las reformas que se le hicieron, abrió sus puertas al público la compañía dramática que dirigía Don Luciano Cortés, en la que figuraba como primera comedianta Cecilia Ortiz. Alternativamente el teatro durante su existencia, siguió dando funciones de diverso género: unas veces con buenos artistas y otras con faranduleros de la peor especie.

En 1825 el Teatro Provisional presentó una compañía mixta de canto, verso y baile, y para demostrar la bondad de los espectáculos, baste decir, que la primera sección puso en escena la *Urraca ladrona* y *Tancredo*,

la segunda la *Niña en casa* y *la madre en las máscaras* y la *Mojigata* de Moratín, y la tercera diversos bailes-pantomímicos.

Dos años después, el teatro que había cambiado su nombre por el de la Ópera, pudo ofrecer una compañía en que figuraba el insigne tenor y compositor sevillano Manuel García, padre de las agregias cantantes la Malibrán y la Viardot. García se estrenó con el *Barbero de Sevilla*, esa admirable partitura de Rossini, desempeñando el papel del Conde de Almaviva, en el que no conocía rival. La Pellegrini, distinguida artista y la Santa Marta formaban parte de la compañía.

En 1831 el teatro se convirtió en circo y el antiguo coliseo en teatro de la Ópera, y aquel cayendo y levantando con sus diversos espectáculos, prosiguió hasta el año de 1841 en que por las nuevas reparaciones que se le hicieron estuvo en disposición de recibir dignamente á otra artista de gran mérito la *Castellan*, que en la ejecución de *Lucía de Lamermoor*, ópera que cantó también en París, no conocía rival.

El teatro de los Gallos continuó dando malas comedias y pastorelas hasta el año de 1844 en que desapareció á causa del voraz incendio que se inició al medio día, el 2 de Noviembre.



### XXIII

#### CORRIDAS DE TOROS.



Comparar los usos y costumbres de la época á que me he referido con los de la actual, danse á conocer aquellos en que se ha progresado, los que hemos dejado atrás y los que permanecen estacionarios, particularmente en los que concierne al bajo pueblo.

Conozco bien los argumentos, querido lector, que has de oponer á mis aserciones y principalmente á las que contraríen tus gustos é inclinaciones, mas no por eso dejaré de manifestarlas. Dirasme que es inveterada la costumbre de elogiar lo pasado y de deprimir lo presente y, acaso, no te falte razón, pero debo prevenirte en mi favor, asegurándote, según ya he manifestado, que no obro por sistema alguno, ni me preocupo con ideas preconcebidas que den por resultado la alteración de los hechos y, por consiguiente, sus falsas consecuencias. Que la nación y la capital han adelantado, no cabe duda, pero también te diré

que no es oro todo lo que reluce, por lo que respecta al orden social.

Nadar contra la corriente es un vano esfuerzo, y por tal tengo el de algunos de mis escritos que, como el presente, contraría costumbres arraigadas en el pueblo. Entre las que han sido y son en nuestra querida patria objeto de predilección, cuéntase las corridas de toros.

Dos eran las plazas que existían en la Capital, ambas tan espaciosas que podían contener de 10,000 á 11,000 espectadores, siendo la más antigua la llamada de San Pablo, que se hallaba situada al SE. é inmediata al templo de aquel mismo nombre y cuyos datos acerca de su construcción están perdidos. Solamente ha podido investigarse que en Septiembre de 1788 el virrey D. Manuel Antonio Flores mandó suspender las obras de la plaza que se construía en la plazuela de las Vizcainas, á fin de que fuera levantada en la de San Pablo. Pro-